

# Los Contemporáneos

MANUEL DE OLIVERA

528



EL NACIMIENTO DEL CONDE

NOVELA POR

Juan Pérez Zúñiga

Número extraordinario



Ayuntamiento de Madrid

10 Cents.



# PILO SUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—¿A qué se debe que antes no abundaban como ahora las mujeres bonitas?

—A que antes eran contadas las que usaban PECA CURA, y ahora la usan casi todas las mujeres.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3.25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE, Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, ROSA, Matinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo, VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN IGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio filo 12. CAPILLANES 12 Precio filo

## UNA SENORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, fisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D<sup>ña</sup> Carmen T. García, Salmerón, 167.—Barcelona.

## OBRAS

### de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Siervo y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fue-  
po...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporáneos» que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando a esta administración, por cada tomo que soliciten, 8 pesetas en sobre monedero, giro postal u otro medio análogo.



## EL NACIMIENTO DEL CONDE

I

El conde de la Chirimoya, grande de España de *sleeping-car* (porque de primera clase me parece poco), caballero no recuerdo de qué real y distinguida orden, cincuentón mayor de edad, viudo separado de su mujer y, en fin, poseedor de más fortuna que siete pingüinos (que deben de ser los animales de fortunas más pingües), tenía, además de la grandeza, de la viudez, de la caballerosidad y del capitalazo, un precioso nene de nueve primaveras, único retoño de su rama y muchacho en quien adoraba el Conde, hasta el punto de que cuantos caprichos concebía el chico, otros tantos eran satisfechos inmediatamente por el magnánimo aristócrata, casi siempre con el voto en contra de la suegra, señora gruñona si las hay (¿no ha de haberlas?) y propicia siempre a echar por tierra los planes de su yerno y a sembrar la discordia en la familia, co-

sas ambas muy naturales en una labradora de abolengo.

Allá, en Valdecarulla, residían estos individuos, dándose una vida de príncipes, aislados del mundo durante casi todo el año y disfrutando, en las cercanías del pueblecillo, un estupendo monte, por el que, en honor al Conde, cruzaba un río, bordeado por montañas llenas de viveros, puentecillos, caminos y sembrados, y sobre todo, surtido de tan abundante caza, que allí los jabalíes formaban escuadrones, los venados celebraban mitines, los conejos organizaban romerías, las perdices nublaban el espacio y hasta podía uno coger liebres con solo tropezar en cualquier pedrusco de la finca.

No faltaban allí más volátil que el rinoceronte, ni más bestia feroz que la paloma torcaz; porque si bien es cierto que el hermano del Conde, senador vitalicio todo él, no residía de



continuo en Valdecarulla, pasaba con el Conde algunas temporadas.

El hotel de éste, situado en la falda del monte, pues siempre tuvo afición a las faldas el buen señor, era suntuoso, y en él tenían habitaciones adecuadas el Conde, doña Reverenciana y el pequeño *Pitito*, rodeados de toda clase de comodidades y de un muro de ladrillo recocho que quitaba la cabeza... a quien se pegaba contra él.

Entre caballos, mulas, vacas, burros, cabras, perros, criadas y demás animales domésticos, había en la dehesa del Conde una cantidad de irracionales muy respetable, si es que respeto merecen aquellos útiles seres, que pudiéramos denominar felices, máxime si los comparamos con los oficiales quintos de Administración, con los maestros de escuela y con las bordadoras en blanco, que andan por el mundo a cachetes con el hambre.

En fin, demos de lado a la envidia que nos produce la fauna del Conde y continuemos el relato emprendido.

Ya hemos consignado que *Pitito* (contracción y desfiguración de Felipe, que así se llamaba el niño), se veía satisfecho en sus caprichos por la inagotable complacencia de aquel padre de mazapán.

Habíasele antojado una jaca enana del tamaño de un gato montés y el buen Conde no cejó en sus gestiones hasta que logró adquirir una jaca pequeña, de larga cola, que parecía realmente un juguete y que hubo de venir del Canadá vivita y coleando.

Púsosele otra vez en las nobles na-

rices establecer un tranvía eléctrico desde su dormitorio al de la abuela, y tranvía tuvo el rapaz con todos los requisitos imaginables, incluso con su cobrador (que era un mono uniformado) y con su jardinera, que era... la mujer del jardinero.

Mas llegó el mes de Diciembre, según acostumbra todos los años a llegar, y con él cuantas circunstancias peculiares le acompañan, como loterías, aguinaldos, golosinas y belenes.

—Padre—dijo *Pitito* al Conde, tirándole suavemente de la barba canosa, o mejor dicho, la barba única.—Yo quiero que me pongas un nacimiento mejor que el de Florentino.

Florentino era un primito suyo, nieto del barón de Vientreamargo, y nene a quien satisfacía también todos sus caprichos el abuelo, particularmente por Pascuas de Navidad, durante las cuales tenía el orgullo de presentar a sus numerosas y distinguidas amistades un nacimiento provisto de todo linaje de adelantos. Sólo en él faltaba el tocólogo de más o menos renombre que en otros nacimientos figura.

Efectivamente: el nacimiento de Florentino era una verdadera maravilla, digna de ser visitada, examinada y admirada por todo el mundo; maravilla cuyo coste, según el propio barón, había excedido de veinte mil pesetas con treinta y cinco céntimos.

¿No les parece a ustedes que, al llegar a este punto, sería oportuno hacer una miaja de descripción del artefacto aludido?

Pues ahí va:

## II

En un salón destinado a la música "di cámara", aposento de grandes dimensiones y de artística decoración,

habían levantado los servidores del barón, un tablado como para representar óperas. Arrimada a la pared del



fondo habían construido una gigantesca cordillera; pero no de corcho, como en los nacimientos vulgares, sino de cordilla natural. En un rellano de la cordillera, alzabase con arrogancia el palacio del rey Herodes, pero ¡qué palacio! De guirlache los muros; de cemento armado, el parque de artillería; de oro puro las vajillas, que por las ventanas del edificio se vislumbraban; admirablemente vestidos los alabarderos que guardaban el regio local, y, como detalles curiosos, un magnífico gramófono en la regia cámara, que reproducía de verdad trozos de *Rigoletto* impresionados por Anselmi, y una completa colección de retratos fotográficos de los inocentes niños que proyectaba degollar su majestad andando el tiempo.

En las carreteras, perfectamente enarenadas, no faltaban sus correspondientes muñequitos vestidos de peones camineros. Dos vías férreas atravesaban el paisaje. Los trenes corrían por ellas de cuando en cuando movidos por la electricidad, y de movimiento eran los jefes de las estaciones y todo el personal y el material de las mismas.

Junto al mesón, sobre cuya puerta ardía una lamparita eléctrica, pues allí tampoco era suficiente el alumbrado municipal, se hallaba la casa cuartel de la Guardia civil. Era una monada ver a los civiles disparando sus máuseres sobre los bandidos que bajaban por las cuestas a ver si podían arrebatarse a los pastores las ofrendas que conducían para el Niño Dios.

El río llevaba agua corriente y no sólo se podía observar en él la presencia de barquichuelos en la superficie, sino de cangrejos en el fondo.

Las fuentes abundaban por doquiera, y no faltaban, entre ellas, algunas de agua bromo-sodo-sulfuro-nitrogenadas, para los pastorcillos que las hubieran menester.

Los reyes magos, que eran tres preciosos autómatas ricamente vestidos,

así como su brillante séquito, bajaban lentamente con rumbo al santo portal en sendos automóviles, causando el asombro de aquel personal rústico que poblaba el pintoresco paraje.

En ningún Nacimiento de los que más fama han adquirido se ha visto igual variedad de ofrendas ni de bailes.

Desde el corderillo y el pollo tomatero hasta la tarta moka y el sorbete de frambuesa; desde el pimienta morrón hasta la chimorroya cubana, todo cuanto Dios crió, era depositado a los pies del Redentor del mundo, entre cuyos adoradores se veía a muchos capellanes castrenses y a no pocas cupletistas conocidas, que bailaban tangos antes la Sagrada Familia con los zagales más intrépidos del país.

El portal de Belén y su glorioso contenido constituían una verdadera maravilla de arte y de propiedad histórica.

A las espaldas del portal tenía San José su taller de carpintero, en donde el bendito maestro conservaba sin terminar dos mesitas de noche para una sobrina del rey Herodes, que pensaba casarse la víspera del Corpus, y varias ratoneras que le habían encargado otros tantos comerciantes de Jerusalén.

La cuna del Niño Dios era de oro purísimo con guarniciones de menudos brillantes, que formaban un curioso contraste con la tosquedad del famoso pesebre.

La Virgen era de una belleza ideal; San José ostentaba una faz más parecida a la de Burell que a la de Moncayo, y una mulita y un buey de movimiento daban con su aliento calor de verdad al Niño, gracias a unas lamparillas de alcohol que llevaban ocultas en las barrigas correspondientes.

Otros muchos detalles había en el portentoso belén de Florentino; pero bastan los apuntados para compren-



der que artefacto bíblico de la importancia de aquel no era fácil encontrarlo por el mundo.

Dió la Prensa en la flor de elogiarlo, y, tanto los bombos que se le prodigaron, como su efectivo mérito, hubieron de hacer profunda mella en el corazón soberbio y envidioso del Conde, quien de ningún modo se resignó a quedar por debajo del Barón en cuestión de nacimientos.

El problema era morrocotudo; porque más riqueza y más adelantos que

los del belén de Florentino era imposible acumularlos en nacimiento alguno. No había más remedio que lanzarse a presentar a todos cuantos quisieran verlo, comenzando por el Barón, un Nacimiento de verdad, en el que las montañas fuesen montañas hechas y derechas (o torcidas, pero naturales); los pastores, personas; los molinos, molinos de veras; los animales, animales auténticos, y los arroyos, arroyos claros, y las fuentes, fuentes serenas.

### III

Concebida esta peregrina idea por el Conde para epatar al Barón, ¿quién como él podría llevarla a la práctica disponiendo de un soberbio monte, atravesado por carreteras y ríos, y de un personal de servidores numeroso y dócil y una fortuna *pingue* (como decía su hermano el senador) para vestir y equipar convenientemente a todos cuantos hubieran de tomar parte en el belén, desde la Virgen Santísima hasta el más humilde zagalejo?

Con este pensamiento en ebullición estuvo el cerebro del Conde días y días, aunque de sobra sabía el buen señor que doña Reverenciana, su inaguantable suegra, no sólo había de encontrarlo descabellado (al pensamiento, no al Conde) sino que se opondría a la realización del proyecto con todas sus fuerzas políticas, puesto que de una madre política se trataba.

La empresa era, por su complicación y su trabajo, algo más que formidable y gigantesca; pero el Conde, que, aunque tenía siete barras en su escudo, no tenía costumbre de pararse en barras, se juró así mismo formar, construir y organizar un Nacimiento para su adorado *Piñito*, que diera que

hablar durante toda la vida, no sólo a sus amigos, vecinos y allegados, sino a todos los habitantes del globo terráqueo y a más de cuatro forasteros.

Lo primero que hizo el Conde fue comunicar el proyecto a la persona de su mayor confianza; a su mayordomo, al buen Cipriano, casado con una mujer muy frescota y de una historia no muy limpia, la seña Celes, hermana de leche que fue de la Condesa, por cuya circunstancia láctea había encontrado acomodo cerca de doña Reverenciana, y aún más cerca del mayordomo, a quien supo camelar.

—Vamos a ver, Cipriano—le dijo el Conde.—¿Te atreves a colaborar conmigo en una empresa magna cuya idea se me ha presentado en el magín poco há?

—No sé lo que quiere decirme el señor—contestó Cipriano, encogiéndose de hombros.—Pero ya sabe el señor que estoy en el mundo para dos cosas: para obedecer al señor y para desobedecer a la señora.

—Te he dicho mil veces que no seas maniático ni rencoroso con doña Reverenciana. Esa madre política mía y muy señora tuya, tiene su geniecillo



y cultiva la neurastenia estupendamente; pero la debes acatamiento y consideración.

—Bien, y ¿qué es lo que ahora le preocupa al señor Conde?

señor Conde no escarmienta. Parece mentira que a su edad no haya aprendido todavía a reprimir sus ímpetus amorosos. Y perdóneme el señor esta observación, quizá irreverente, pero



—¡Un nacimiento!—dijo misteriosamente.

—¡Cielos!—exclamó Cipriano, llevándose las manos a la cabeza.—El

desde luego hija del respetuoso cariño que le profeso.

—¡No seas imbécil, querido Cipriano!—dijo el Conde a su afectísimo

Ayuntamiento de Madrid



y seguro servidor.—Acabas de meter la pata, como no la hubiera metido seguramente la mula nueva.

—¿Por qué, señor Conde?

—Porque aquí no se trata de la venida al mundo de ningún inocente ser vulgar, hijo quizá de amores censurables. Ahora se trata del nacimiento del Mesías, reproducido, no por muñecos de barro sobre peñascos de corcho, que eso cualquier pelagatos lo enjaretaría en su hogar para el esparcimiento pascual de su modesta prole, sino por hombres y mujeres de carne y hueso y por animales de verdad sobre las peñas y los rellanos de mi monte; cosa nunca vista en estos contornos y mucho menos en los puestos de la plaza de Santa Cruz de la villa y corte de Madrid, donde el feliz mortal que encuentra un molino de movimiento y un San José que no parece un mejillón con túnica, ya se imagina poseer un Nacimiento de primer orden.

—Señor, perdóneme la ligereza cometida—dijo Cipriano, después de haber escuchado a su amo con la cabeza bajísima—y dígame cómo he de comenzar a servirle.

—Dos cosas hemos de hacer ante todo: elegir un paisaje adecuado al efecto y reunir convenientemente las personas y los irracionales que han de encargarse de representar sus respectivos papeles en el belén colosal que ha de ser en no lejano día el asombro de las gentes.

—¿Y no teme el señor Conde—advirtió Cipriano—que doña Reverenciana se oponga al proyecto y dé al traste con todo cuanto el señor Conde intente realizar?

—Mi suegra podrá oponerse, si juzga irreverencia, o simplemente extravagancia, lo que yo pienso efectuar; pero te juro por las mejores tinajas de mi bodega, que doña Reverenciana verá por esta vez fracasadas sus maquinaciones y habrá de tocarse las aguilénas y nobles narices.

—Vuelvo a pedir perdón al señor Conde por esta suspicacia mía, tal vez desprovista de fundamento—dijo el mayordomo con los brazos en cruz.

—No te la censuro, Cipriano. Lo que sí hago es encargarte que comuniques mi plan a la señora, efectuándolo con las debidas precauciones para que, al deslizarse en sus castos oídos mi proyecto, no manifieste su indignación arrojándote a la cabeza el objeto duro y picudo que más a mano encuentre.

—Cumpliré al pie de la letra el mandato del señor Conde, procurando al efecto, colocarme a honesta distancia de la señora para desempeñar mi cometido, pues ya recordará el señor Conde que, cuando fui a notificarla que íbamos a vender las mulas tordas, me hizo este chirlo con las tijeras de podar.—Y enseñó Cipriano una cicatriz en la mejilla izquierda, que parecía la raja de un buzón postal.

—Bueno—añadió el Conde.—No hay tiempo que perder, y mientras tú comunicas a doña Reverenciana mi propósito, lo que no hago yo personalmente por no verme en la precisión de asesinarla antes de que mi pobre *Pitito* pueda enseñar su nacimiento a todo el mundo, yo voy a dar un vistazo a los cerros del Carrascal de las Zorras en donde seguramente podremos instalar el belén. Allí hay misteriosos parajes que parecen presentidos por la Naturaleza para los más deliriosos belenes.

—Pues hasta luego, señor Conde—dijo el mayordomo, haciendo una reverencia ante su amo, y desapareciendo de la presencia de éste, con rumbo a las habitaciones de la señora.

Dejemos a Cipriano en el desempeño de su peligrosa misión y acompañemos *in mente* al señor Conde que, calándose la gorra, salió de la casa de labor y se encaminó al punto que había recordado como más a propósito para la instalación del Nacimiento.



Cerca del Carrascal de las Zorras encontró al guarda rural y le invitó a que le acompañase. Juntos y sin hablar palabra fueron amo y servidor hasta un pintoresco lugar, bordeado por un arroyo de los más murmuradores que serpenteaban entre las plantas y las humedecían lamiéndolas suavemente.

—Oye, Brunete—dijo el Conde al guarda, parándose en seco, a pesar de la humedad.—¿Qué tal estaría el portal en aquella oquedad de enfrente?

—Señor, no comprendo...—respondió el guarda, que tan enterado estaba de los proyectos del Conde como yo de las babuchas que tiene el Gran turco.

—¿Va el señor a ponerles portal a esas breñas?—preguntó asombrado el bueno de Brunete, cambiándose de brazo la escopeta que conducía.

—Me refiero al portal de Belén, so zopenco.

—¿Pero está el señor Conde en sus cabales, o es que se halla con ganas de broma?

—Ni lo uno ni lo otro... Ah, dime...

—¿Qué desea el señor?

—¿Querría tu mujer ser la Virgen?

—¡Ay, señor!... ¿Se siente malo?... ¿Quiere que le acompañe a la casa?...

—¿Pero no me respondes?

—Le diré al señor... Mi mujer no ha sido nunca Virgen; pero por no contrariar al señor, será lo que el señor quiera...

Brunete pronunció estas palabras temblando de terror ante lo que él estimaba lógicamente como súbita per-

turbación cerebral de su amo y señor, y no quiso abandonarle en sus paseos por aquel sector de la finca, durante los cuales fueron en aumento el asombro, la confusión y la alarma del guarda rural, pues tan pronto levantaba el Conde la vista y decía: "Los reyes bajarán por allí," como la dirigía a una charca, preguntando a Brunete: —¿qué tal se lavarían aquí los pañales de Jesucristo?

Satisfecho se fué el Conde de su acierto en la elección de paraje, mientras el guarda quedaba preocupadísimo ante la locura repentina y rematada del dueño y señor del monte, porque las palabras del padre de *Pitito*, para quien no estaba en el secreto de sus planes, como le ocurría al guarda, eran verdaderamente poco tranquilizadoras.

Una vez el Conde de regreso en su aposento, llamó al mayordomo; éste le dijo que doña Reverenciana, según se temía, no sólo le había agredido con un frasco de aguardiente tan pronto como se imaginó representada la Sagrada Familia por grandes pecadores de su servidumbre, sino que se disponía a ir a espetarle al cura del pueblo el proyecto del Conde, para que le quitase a éste de la cabeza lo que ella juzgaba terrible monstruosidad. Pero precisamente el Conde se había liado la manta a la cabeza para realizar su intento, y consideraba muy difícil que pudiera llegarle a la cabeza para quitarle nada de ella, no ya el pobre cura del pueblo, sino el arzobispo de la metrópoli.

—¿Quién podría servirnos para re-



presentar a San José?—preguntó el Conde a su mayordomo.

—Yo indicaría para ese papel al marido de la Policarpa, la planchadora—respondió Cipriano, quizá con su miaja de malicia.

—¿Tú recuerdas lo que murmuran de ella y lo que le llaman a él en el pueblo?—arguyó el Conde.

—Sí, señor. Pero eso no es obstáculo para que su aspecto y su seriedad represente dignamente al santo personaje que se le encomienda.

—Si acepta el encarguito...

—Ya sabe el señor Conde que ese infeliz va a donde se le ordene y hace cuanto haya que hacer.

—¿Y de la Policarpa, qué hacemos?

—Lo que el señor Conde ordene. Sabido es que está siempre dispuesta a dar gusto al señor Conde o a sus delegados. ¡Es más servicial!...

—¿Te parece que la pongamos a la puerta del mesón, para que los pastorcillos que pasen por allí sostengan con ella un rato de palique? Su marido no la verá desde el divino portal.

—Y aunque la vea, será lo mismo.

—Perfectamente—dijo el Conde, y añadió:—Respecto de la Virgen, ya he quedado con Brunete, en que le propondría a su mujer que nos sacase del compromiso y que...

—El señor Conde—interrumpió Cipriano—no conoce bien a la mujer del guarda. Su rostro sí es parecido a la Inmaculada de nuestra parroquia.

—Por eso me acordé de ella precisamente.

—Pero—agregó Cipriano—más que mujer es un basilisco, capaz de armar un caramillo por cualquier futesa, no digo yo al bendito San José, sino a Herodes y a la escolta real.

—¿No querría prestarse a ello tu sobrina María?

—Joven sí es, y pacífica, también, señor; pero no tiene de Virgen más que el nombre.

—¿Cómo?

—Sí, señor Conde. Feucha, corco-

bada, tuerta y con los nervios de punta continuamente, ni sabría llevar con gentileza el manto que se la hiciese, ni podría pasar por Virgen ante los reyes del Oriente, ni ante los generosos pastoreillos, que no son tontos.

—¡Vaya por Dios!... ¿Y la hermana de la maestra?

—Ni soñarlo, señor. Ya sabe el señor lo que hay entre ella y el sacristán.

—Sí; pero Juanito, el sacristán, es cosa mía.

—Más es cosa de ella, señor.

—¿Y qué?

—Que Juanito accedería con la condición de estar sentado en el portal de Belén junto a ella, y, francamente, yo no he visto en ningún nacimiento que la Sagrada Familia tenga la añadidura de un sacristán, máxime si se sabe que el tal es, por lo menos, novio de la Virgen Santísima.

—Me has convencido... y no se hable más de la hermana de la maestra. ¿Pero será posible, Cipriano, que no encontremos una Virgen en todo el término municipal?

—En último caso, el hijo del tabernero, Agapito Sarasilla, que es guapito y en Carnaval suele gustar de disfrazarse de mora, podría sacarnos del atolladero y haría su papel con mil amores.

—No es mala solución—dijo el Conde.—Si no encuentras por ahí quien se preste a ser Virgen durante las Pascuas, háblale a Sarasilla de mi parte, y dile, como a todos los demás a quienes contrates, que su cooperación al fin que perseguimos será largamente remunerada por mí.

—Muy bien, señor Conde.

—Para Niño Jesús ya tengo un candidato.

—¿Será indiscreto preguntar quién es?

—No. Yo he pensado en el bebé de mi hermana... Siempre que para entonces se le haya corregido la disenteria. Porque...



A esto llegaban en su interesante charla el amo y el servidor, cuando fueron interrumpidos por los golpes que en la puerta resonaron y que indujeron a los interlocutores a sospechar que alguien quería entrar en el aposento.

—¿Quién es?—preguntó el Conde.

—Gente de paz—respondieron fuera de puertas.

—Abre, Cipriano, a quien sea, y márchate luego, que ya reanudaremos más tarde la organización de esto que tanto me preocupa y tan obsesionado me tiene.

—Ave María Purísima —gangoseó la voz de fuera.

—Ya voy, don Benedicto—dijo el mayordomo, reconociendo al señor cura en el llamador; vamos, en el que llamaba.

Cipriano abrió la puerta, salió al corredor; el aristócrata se puso en pie para recibir al párroco y éste penetró en la estancia, saludando sonriente al Conde, que desde luego adivinó el objeto de aquella extraña visita eclesiástica.

—Breve será mi permanencia en esta simpática y respetable morada—dijo el sacerdote, dejando el bonete en la mesa más próxima, sobre un álbum de postales un tanto subidas de color, que le hicieron respingar.

—Usted dirá, don Benedicto, qué es lo que se le ofrece y en qué puedo yo servirle.

—Un poco delicado es el asunto que me trae; pero yo no puedo negarme a los deseos de doña Reverenciana, y aquí me tiene usted para hablarle de...

—Sí; del nacimiento de mi *Pitito*.

—Precisamente.

—Pues, ¿qué ocurre?—preguntó el Conde, de mal talante.

—Que mirada como es debido la realización del proyecto de usted, se observa clarívidamente que encierra algo, ajeno sin duda a su recta voluntad, que pudiera ser germen de pecado. No se asusta doña Reverenciana ni me alarmo yo de la impropiedad irreverente con que puedan hallarse representadas las figuras sacratísimas de los gloriosos padres de Jesús; porque desde las toscas figurillas de barro que manos groseras fabrican con destino a los belenes vulgares, hasta los mamarrachos escultóricos que en no pocos templos hallanse expuestos en altares y hornacinas a la veneración pública, muchos suelen adolecer de impropiedades de indumentaria y desaciertos de expresión fisonómica. Lo que en el caso presente, mi querido señor Conde, nos pone a doña Reverenciana de carne de gallina y a mí de piel de pollo, es el considerar la monstruosidad que resultaría de encomendar el papel de Madre del Redentor a cualquiera de las mujeres, ora casadas, ora solteras, ora viudas, que pueblan la finca de usted, los alrededores de la misma y todo el término de Valdecarulla; mujeres de quienes conozco todos los flacos perfectamente por razón de mi cargo de padre de sus almas pecadoras.

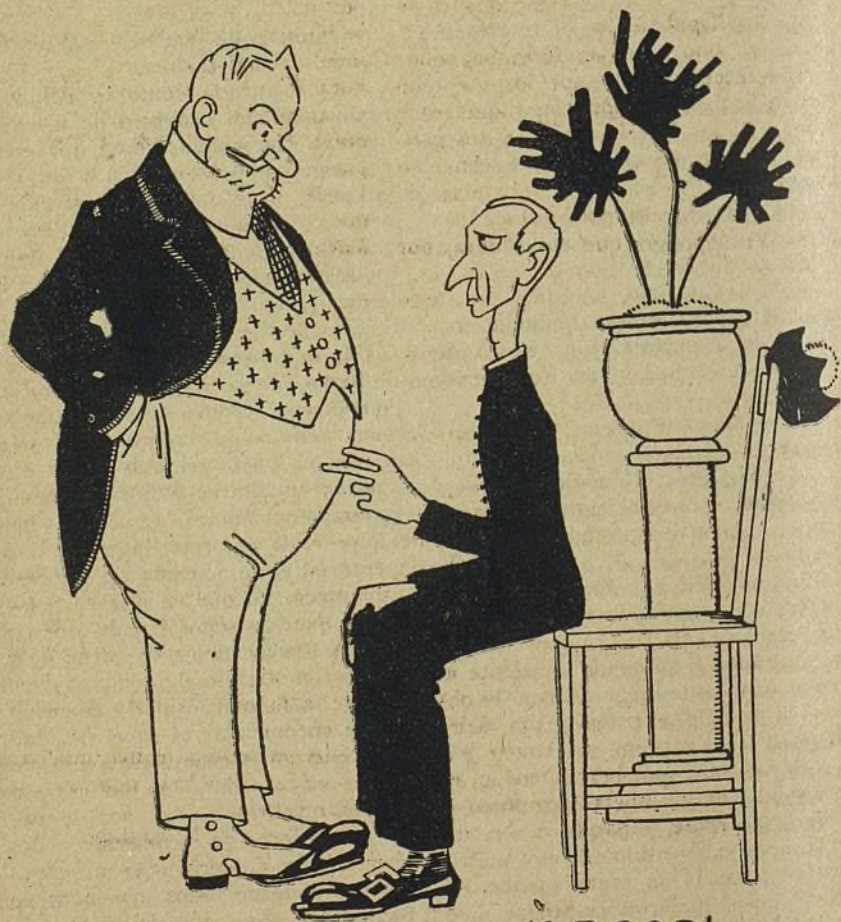
—Señor don Benedicto,—replicó el Conde, atajando al cura en lo que había comenzado por ser breve indicación e iba convirtiéndose en larga plática—tan conforme estoy con el criterio de usted en este asunto, que he desistido de buscar una Virgen por todo el pueblo, y he resuelto contratar



al hijo del tabernero para Madre de Dios.

—La solución, mi querido señor Conde—dijo el párroco, un tanto alar-

presentando a la Reina de los Angeles, sería una locura de la que habría usted de arrepentirse, no sólo ante los espectadores de semejante escándalo,



de usted. Sarasilla no disfruta de una reputación muy envidiable en la localidad, y exponerlo a las pullas de cuantos le conocen, mientras estuviera remado—no está a la altura del talento

sino ante el estuche con rejilla que diariamente suele encerrar mi humildísima persona en la iglesia parroquial.

—Pues, señor mío—repuso el Con-



de, visiblemente contrariado, — como no plantemos en el santo portal a la propia doña Reverenciana, si se deja domar, o saquemos del convento de Santa Juana una de las madres más guapitas y menos vergonzosas de la comunidad, que acaso representando a la Virgen pudiera encontrarse como el pez en el agua, dígame qué es lo que podríamos hacer.

—No seré yo quien la saque, señor Conde—dijo don Benedicto,—si con tal misión se me manda al convento; y en cuanto a su señora madre política, bueno es que conozca usted su abierta oposición a ese proyecto de belén natural; de suerte que...

—Ya supongo, que esa señora, por el solo hecho de proyectarlo yo, tendrá sentado en la boca del estómago mi belén, con molinos y todo.

—¿Y se halla usted formalmente decidido a ejecutar su diabólico pensamiento?—preguntó el cura.

—¿Cómo diabólico, si se trata del nacimiento de Dios?

—Porque parece ocurrencia de Satanás el reproducir aquel suceso glorioso con la cooperación personal de tan grandes pecadores como lo son algunos de mis queridos y amados feligreses.

—Entonces...

—Desista usted de llevar a cabo tal propósito, señor Conde; dóbléguese su *Pitito* de usted a la imposibilidad moral de llevarlo adelante, y eso irán ustedes ganando a los ojos de doña Reverenciana y, más bien, a los de Dios Nuestro Señor.

—Bueno—dijo el dueño de la casa, poniéndose en pie y dejando caer la silla involuntariamente sobre una espinilla del párroco. — ¿Quiere usted saber mi última palabra sobre el objeto de su embajada? Pues es ésta, monda y lironda; sobre todo lironda: Si mi desistimiento fuera pretendido por usted, la resolución favorable no se hubiera hecho esperar un solo momento. Siendo mi suegra la inspiradora de este paso que usted da, me es imposible complacerla. Todo lo dúctil que soy para mi *Pitito*, soy implacable para su abuela, que Dios confunda, y me basta que ella pretenda que yo renuncie al nacimiento de mi *Pitito* para procurar que en esta casa tengamos un nacimiento cada quince días.

—¿Qué le vamos a hacer!—exclamó don Benedicto, encogiéndose de hombros.—Usted manda y a los demás nos toca resignarnos. En fin, deploro la molestia que he podido causarle con mi fracasada gestión y confío en que otra vez seremos más afortunados. ¿Verdad?

—Mucho celebraré que así pueda ser—dijo el Conde, acompañando al sacerdote hasta la puerta de la calle. Y, obsesionado con la idea del belén, añadió: Salude usted de mi parte a su señora...

—¿Cómo?—preguntó el cura sorprendido.

—A su señora prima, quiero decir.

—¡Ah! Muchas gracias... Abur, señor Conde.

—Adiós, don Benedicto.

## VI

Pocos minutos después, llamaba el señor a Cipriano para reanudar su interrumpida conversación.

—Figuras muy principales—le dijo —en todo nacimiento decoroso y que se estime en algo, son los tres monar-



cas de Oriente. ¿A que tú no recuerdas que haya existido rey sin belenes ni belén sin reyes?

—¿Qué cosas dice el señor Conde!... — murmuró Cipriano, haciendo asomar a su faz una leve sonrisa.

—Pues aquí no se trata de repartir tan empingorotados personajes a tres ordinarios individuos, elegidos al azar entre la gente baja que a ello pueda prestarse. Imagínate, por ejemplo, a Zoquete, el mozo de mulas; a Pancho, el alguacil, y a Paco Cebollino, el hermano del cabrero, vistiendo riquísimos mantos y ofrendando al Rey de los reyes oro, incienso, mirra y *foie-grás*. ¿No te parece que estarían como para destronarlos y pegarles después cuatro tiros por barba?

—Tiene razón el señor Conde... Pero con facha de monarcas, créame que no recuerdo a ningún bárbaro de los de estos contornos.

—Si el sobrino del médico quisiera...

—¿Me permite una observación el señor Conde?

—Venga.

—El sobrino del médico es uña y carne de Lerroux y algo pariente de Marraco; y antes se deja hacer albón-digas que encasquetarse una corona real, por muy de mentirijillas que ésta sea.

—¡Vaya por Dios!... — exclamó el Conde.—Todo, según voy advirtiéndolo, se vuelve dificultades. Pero yo no me achico ante ellas y tendremos reyes, con camellos y todo, por encima de doña Reverenciana.

—¿Camellos ha dicho?

—Con sus correspondientes jorobas. Que también se jorobe mi hermano el senador y pida prestados al administrador de Aranjuez tres cuadrúpedos rumiantes de los que allí lucen sus desgarrados andares. Y respecto a los caballos, con que en las cuadras de casa me prepares un terceto de los que consideres más dignos de ser montados por los magos de Oriente, asunto resuelto.

—Admiro la desenvoltura y la sagacidad del señor Conde para estos menesteres. ¡Palabra!

—Mira, buen Cipriano; todo es cuestión de voluntad firme aderezada con dinero abundante. Encárgate tú de buscar personas a propósito, y verás cómo tenemos reyes, ya que contamos con caballos y que sotas no han de faltar tampoco en el tinglado campestre que tengo metido en la cabeza.

—Hablaré, si le parece al señor Conde, a los hermanos de la Ramona y al maestro de escuela.

—Gran ocurrencia has tenido, sobre todo en lo que respecta al maestro. Remunerado, con largueza, para que no aparezca en escena con su acostumbrado gesto de malestar; vestido espléndidamente y, sobre todo, bien embetunado el rostro para que a la vez que pertenezca ficticiamente a la raza etiópica no le conozcan sus discípulos, puede desempeñar el papel de rey Baltasar, como no lo haría de seguro el presidente del Consejo de ministros.

—Como es tan pusilánime don Ruperto, tal vez se pondrá colorado ante la gente...

—¿Y qué importa—objetó el Conde—si, siendo negro, ni Dios puede notarle el rubor?... Sólo por ver a don Ruperto a caballo, con un camello detrás y dispuesto a ofrendar el oro, que jamás vió, al Señor de los cielos y de la tierra, puede intentarse...

—Cuéntese con él—interrumpió Cipriano.—Le conozco al pelo y por unas pesetillas, hace, seguramente, no de rey Baltasar, sino de niño Jesús y hasta de buey, si se terciara.

—Bueno. La cuestión de hallar pastores, lavanderas, zagalas que bailen, viejos que se calienten, burros cargados de leña, servidumbre del palacio de Herodes y demás animales del campo y de corral, es cosa fácil, aquí donde tantos hay a nuestra disposición.

—¿Y el señor Conde ha pensado



en el dineral que supone vestir y equipar a tanta gente?

—Para salir airoso de mi empresa me sobra dinero. Ah, y te advierto que cuantos artículos de comer, beber y arder, desde los huevos duros hasta los tabacos habanos, pasando por el rioja clarete, depositen los pastorcillos a las plantas del Redentor, han de ser, no de guardarropía, sino auténticos y de la mejor calidad. Mi *Pitito* así lo quiere y hay que dar gusto a mi *Pitito*. ¡Pues no faltaba más!

El mayordomo estaba completamente maravillado de las palabras del señor Conde. Su asombro creció de punto cuando oyó hablar a su amo de las construcciones de casas, puentes y molinos, así como de las plantaciones de árboles y de la desviación de sendas y hasta de arroyos; y cuando más iba complicándose la organización del gran belén de *Pitito*, una voz de mujer, vibrando en el corredor contiguo, llamó la atención del Conde y de Cipriano, no tardando en presentarse en la estancia una linda joven, que, dirigiéndose resueltamente al Conde, le saludó con un beso en la frente y le dijo:

—Tío, vengo con una pretensión.

—¿Qué se te ofrece, Margarita?

—Que, según acaba de decirme la tía Reverenciana, vas a instalar en el monte un belén como el que representan en los teatros; y yo quisiera, si no lo tienes comprometido, que me adjudicases el papel de Virgen.

—Dame un abrazo—dijo el Conde—y considérate contratada con el sueldo de cariño que me pidas. Tú no sabes, Margarita, el servicio que me prestas con tu oportuna pretensión. Porque entre Agapito Sarasilla y tú, hay un abismo de virginidad.

—Corriente. ¿Quieres que yo misma me haga el traje que he de lucir en el portal?

—Con mil amores. Así te distraerás; que desde que te enamoraste del cómico, no he visto en tu cara más

que melancolía contagiosa, cuando no lagrimones como brevas.

—¡Si Aurelio conociera mi deseo! ¡El, que es tan opuesto a estas cosas!... Además, hubiera tenido celos del primer zagalillo que se hubiese arrodillado ante mí para ofrendarme sus quesos o sus morcillas.

—Más vale, querida sobrina, que hayas acabado con semejante animal... si es que has acabado—dijo el Conde.

—Pues ya lo sabes, tío; cuando tú dispongas comenzaré la confección del vestido, y...

—El cuadro de Murillo, cuya copia tengo en el despacho, puede servirte de figurín. Porque supongo que el que necesitas para tu objeto no habrás de ir a buscarlo en el último número de *La Moda práctica*...

—¡Claro es!—dijo Margarita, riéndose.

Y después de dar a su tío un beso igual al de la salutación, sino que en el cogote, desapareció del aposento más alegre que unas Pascuas.

No menos satisfecho quedó el conde de la Chirimoya. Contaba con una Virgen, con el niño Jesús, con el santo patriarca, con los tres magos y con todo el personal rústico y el contingente de animales bipedos y cuadrúpedos que hubieran de menester, puesto que en aquella finca, según queda dicho, y en el cercano pueblo de Valdecarulla, los animales abundaban que era una bendición.

Del reparto de papeles y de otros detalles de organización, quedó encargado Cipriano el mayordomo.

De las construcciones, con el plan a la vista, se hizo cargo el maestro de obras de que se valía el Conde cuando necesitaba obrar en alguna de sus casas de Madrid.

En todo lo concerniente a sastrería y atrezzo comenzó a ocuparse inmediatamente la viuda del mayordomo anterior, señora muy lista, hermana de un sastre de la calle de Cuchilleiros y americana por añadidura.



Y, por último, de las invitaciones para que en su día pudieran concurrir a ver el nacimiento de *Pitito* no solamente los amigos, los convecinos, los forasteros y aun los representantes de la Prensa, quedó encargado el secretario particular del Conde, Pepito Larinconera, muchacho expeditivo y laborioso, capaz de escribir cien cartas en diez minutos, sin comerse una coma, que es el colmo de la abstinencia.

No hay para qué decir que el movimiento que todos estos preparativos imprimieron en la finca del Conde y en sus alrededores hasta que estuvo el nacimiento en disposición de inaugurarse, fué un movimiento verdaderamente atolondrador.

Albañiles trabajando rápidamente; jornaleros arreglando los caminos; modistas y sastres confeccionando túnicas, mantos, calzones y zamarras;

criados haciendo acopio de comestibles y de instrumentos rústicos; jóvenes de ambos sexos ensayando coplas y bailes; el secretario haciendo listas de invitados; el mayordomo llevando sobre sí un trabajo impropio y el propio Conde, medio loco, dirigiendo en pleno monte aquel *tinglado*, que por nada del mundo hubiera dejado en proyecto, tanto por el deseo de contrariar a su suegra como por el de darle gusto a su *Pitito*... Todo esto es lo que podía observarse en la soberbia finca, mientras doña Reverenciana dedicaba el tiempo a pedir al Todopoderoso que, cuando se inaugurase el belén, un manojo de rayos y otro de centellas desbaratase en cinco minutos lo que tantas preocupaciones y tantas pesetas le estaba costando al Conde para asombrar a cuantos pudieran ver el belén natural, sito en el Carrascal de las Zorras.

## VII

No está en nuestro ánimo (¡y menos mal, que los novelistas podemos hacer lo que nos venga en gana!), no está en nuestro ánimo, repetimos, el proyecto de ir siguiendo paso a paso cuantas faenas y labores realizaran los encargados de poner el belén del Conde a punto de caramelo.

Allá los albañiles con sus tarjetas, los campesinos con sus diplomacias, las costureras con sus terrones, los mozos con su cemento, el mayordomo con sus bestias y el secretario con sus dobladillos... o viceversa.

De suponer es que todos trabajaban sin levantar cabeza y que con el tiempo todos darían cima oportunamente a sus quehaceres respectivos.

Seis días antes del de Nochebuena, estaba todo terminado. Los reyes sa-

bían de memoria su camino. Al portal no le faltaba más que un portero con librea. El buey había aprendido a mugir a su debido tiempo y en un tono agradable. Cada pastorcillo sabía qué producto alimenticio le había tocado en suerte ofrendar al niño Dios. Las lavanderas tenían distribuída su faena y ya no confundían los pañales del Redentor con los cubrecorsés de la mujer de Herodes; y, finalmente, al Rey de los reyes, estaban acostumbrándole a estarse echadito sobre unas pajas, sin rechistar, gracias a la tapa de un tintero que le habían metido en la boca, y sin moverse, merced a unas correas con que le habían atado por el pescuezo a la tarima que le servía de base.

Doña Reverenciana, por su parte,



encerrada en el oratorio y postrada ante la imagen de San Roque, no cesaba de pedir al cielo una hecatombe cualquiera, que diese al traste con el proyecto de su yerno, y ora salía de sus labios la fervorosa petición de un terremoto que sepultase en las entrañas del monte reyes y zagalas, pavos y molinos en revoltijo sin igual; ora el piadoso ruego de que durante la inauguración del nacimiento, una banda de bolchevistas rusos cayera de pronto sobre el belén y no dejase titer con cabeza, incluyendo entre las cabezas la del propio Conde y aun la cabeza de su pobre *Pitito*.

¿Conseguiría la abuela verse complacida en sus crueles deseos? No lo consideramos posible. San Roque, presidente del oratorio de doña Reverenciana, era demasiado bueno para dar oídos a tan destempladas peticiones. ¡Hasta el perro del santo parecía, con su torva mirada, censurar justicieramente las plegarias de aquella señora histérica que de seguro tenía ocupado el lugar del corazón por unos alicates!...

Don Benedicto la había dado cuenta del fracaso de su gestión cerca del Conde; pero el disgusto de la negativa tuvo su compensación en la llegada de un nuevo personaje que, cuando menos podía esperarlo doña Reverenciana, se alió a ella contra el fatigado, pero testarudo Conde.

Aurelio de las Cárcabas era un joven hercúleo, que, llamado por la Providencia para triunfar en la escena, no tuvo reparo en responder a la llamada, y andaba de teatro en teatro por esos pueblos de Dios, representando dramas tremebundos y tarifando con todas las empresas habidas y por haber, gracias a un geniecito de todos los demonios que el Señor le había dado. Actor de carácter era; pero ¡rediez, de qué carácter!...

El caso es que este Aurelio de los diablitos... y de las Cárcabas, hallándose un verano con la compañía dramá-

tica del famoso actor Bajatierra en el teatro Principal de Guadalajara, asistió a una de las simpáticas verbenas que organiza el Casino de aquella capital, y allí conoció por casualidad a Margarita, la sobrina del conde de la Chirimoya, y se enamoró de ella como lo que él era; como un animal.

Margarita Chivatón, a quien hemos conocido en el curso de este relato y a quien hemos dejado dispuesta resueltamente a confeccionarse un trajecito de Virgen que quitase la cabeza, muy a gusto de su tío, y a representar después la sagrada figura de la madre del Señor en el belén de *Pitito*, no hizo ascos en el baile del casino al osado artista, pues Aurelio era un joven agraciado, aunque característico, y Margarita tenía unas ansias de novio verdaderamente rabiosas.

A la noche siguiente, Bajatierra hizo *Tierra baja*, en cuya obra tomó parte Aurelio. Margarita le vió en escena; las palpitaciones de su corazón se sucedían con tal fuerza que no dejaban oír el drama al espectador colindante, y esta pasión que súbitamente brotara en el espíritu de la sobrina del Conde, tuvo un período de efervescencia tan breve y tan fugaz, que sólo duró el tiempo que, aquella misma noche, tardó en revelarse tal cual era a los ojos de Margarita, quien, avergonzada de haberse dejado impresionar por el grosero comediante, juró no volver a pensar en él en toda la vida. Pero ¡ay! si pensó y por más tiempo del que le hubiera convenido.

Lo mismo le ocurrió al de las Cárcabas que desde entonces dedicó sus breves días de paro forzoso a perseguir a Margarita, quien de Guadalajara se trasladó a Madrid y de Madrid a Valdecarulla, donde poseía una casita muy próxima a la del Conde. Y a la terminación de una corta temporada, o, más bien, de un largo *bolo* que Aurelio había hecho en Villapellona de Abajo, se plantó el áspero artista en la finca del Conde, cuyo guar-



da Brunete, sin prever las consecuencias, le proporcionó alojamiento en su vivienda rural, que no era el hotel Ritz precisamente, y que aun por ser la posada del Peine hubiera dado cualquier cosa.

de un bizcocho borracho, fraguó la celebración de una entrevista con el osado perseguidor de Margarita, presintiendo, en su estupenda perspicacia, que él podría ser materia dispuesta a secundarla en sus planes destruc-



Algún soplón de los que nunca faltan, debió de indicar a doña Reverenciana que el tenaz pretendiente de Margarita se encontraba allí, y enterada de los amores de su nieta con Aurelio, nacidos (los amores) al calor

tores, aunque, a consecuencia del fracaso, viese al *Pitito* quedarse sin padre o al pobre Conde quedarse sin *Pitito*.

En efecto, valiéndose del propio Brunete, la vieja llamó al de las Cár-



cabas, y haciéndole comparecer ante su presencia, le habló del siguiente modo:

—Señor mío, conozco el móvil que a usted le guía para andar por estos parajes. Usted no es primo del guarda, como el guarda nos dice, sino un enamorado galán que, montado en su propia osadía, viene por aquí al olor-cillo de su amada.

—No soy galán precisamente—objetó el característico.—Pero es igual.

—Bueno, pues si en esta ocasión quiere usted ayudarme a desbaratar el belén del Conde...

—¿Anda en belenes su yerno de usted?

—Me refiero al nacimiento de su *Pitito*.

—¿De su *Pitito*?

—Sí; de su *Felipito*, de mi nieto.

—¿Un nieto de *extranjis*?

—No, señor.

—¡Ah! ¡Ya!—exclamó Aurelio.—Ahora caigo en que el guarda me ha hablado de un belén al natural que el Conde piensa exhibir...

—¿Pero usted no sabe lo más interesante?—preguntó doña Reverenciana.

—No, señora. ¿Qué es ello?

—Que la del baile de Guadalajara es la Virgen Santísima.

—¿Margarita Chivatón?

—Esa.

—¡Jesucristo!—exclamó Aurelio.

—Su único hijo—añadió doña Reverenciana.

—¿Y en qué puedo servir a usted?

—En que, cuando el acto de la inauguración entre en su momento más culminante, obligue usted a Margarita a salir del portal y arremeta usted contra los muchos adoradores que han de acudir a ofrendarla sus corderillos, sus tortas y sus huevos.

—Eso está, señora mía, tan puesto en razón y tan dentro de mi deseo, que sin el ruego de usted, hubiéralo yo llevado a cabo espontáneamente. Ni mi carácter celoso consentiría que los pastorcillos, y menos las reyes, ofrendasen a Margarita eso que usted ha dicho, ni me parece bien que esa muchacha represente papeles que no la cuadran, sólo por complacer a un señor tan ridículo como su tío el conde de la Chirimoya.

—¿De modo que acepta usted mi proposición?

—Con dos mil amores.

—Pues yo le avisaré a usted, y...

—Muy bien, señora. Quedo a sus órdenes.

—Muchas gracias... Y hasta la vista.

## VIII

Mientras esto ocurría en las habitaciones de doña Reverenciana, el movimiento de papelotes en la secretaría del Conde, salíase de lo corriente, debido a la tarea que el buen señor había impuesto al joven Pepito Larrinconera.

¡Ahí era nada! La lista de presuntos invitados a la exhibición del nacimiento no tenía fin. En ella figuraban los parientes del Conde, las autoridades de Valdecarulla y de los pueblos limítrofes; amigos de Madrid con viajes pagados; amigos con porte debido;



periodistas de la corte y de la región; representantes del clero, la milicia, el ganado lanar... etc., etc.

No era, pues, cosa fácil ni breve, poner tanto nombre en movimiento y dirigir las invitaciones a sus respectivos destinos.

Sin embargo, a los dos días de comenzada la tarea, cada tarjeta era un sobrestante, o estante en un sobre, y la partida correspondiente a los adquiridos sellos de franqueo no era moco de pavo, como decía Carlos V.

—Pepito — advertía el Conde a su secretario,—no se deje usted trasconejada la invitación de Conejo, el notario de Valdelaescusa, que es muy quisquilloso.

—Pierda cuidado el señor Conde.

—Por Dios no se olvide la tarjeta para el voluminoso arcipreste, ni dejen de mandarle, cuando llegue el caso, la tartana grande, a fin de que quepa todo él y pueda venir completo.

—Todo se hará según los deseos de usted.

—Y desde luego—agregó el Conde—que a los principales periodistas de Madrid se les invite, dándoles todo género de facilidades para su viaje y su instalación, pues con una información de ellos laudatoria daría yo en las narices al Barón y mucho más a mi suegra, y por el contrario, una reseña de rechiffa, daría pábulo (pábilo, diría mi hermano, el senador) al regocijo de mis adversarios en esta cuestión de los belenes. Sobre todo, al de las *Cosquillas*, del *Heraldo*, no me lo deje usted en el tintero; porque se vería negro para salir de él y no podría venir a ponernos en solfa.

—Viva usted, señor Conde, completamente descuidado—replicó Larrinconera,—que aunque tengan que venir prensados, los de la Prensa no faltarán.

Cuando en esta plática se hallaban el secretario particular del Conde y el propio Conde, que era todavía más particular que el secretario, el aviso

de que un sujeto quería ver al señor, obligó a éste a separarse de Larrinconera.

¿Quién era el recién llegado al hotel?

Un personaje que no dejaba de tener especial importancia en el tinglado que estaba armándose en aquella finca, tranquila y silenciosa hasta entonces.

Nos referimos al sacristán del pueblo, a Crisanto Lamparón, encargado por el mayordomo del Conde de la dirección de los bailes y del ensayo de los villancicos que por las masas corales y los pastores sueltos habían de cantarse de tiempo en tiempo frente al Santo Portal, mientras durase el belén.

—Felices, señor Conde.

—Hola, Crisantemo... Y perdóname que siempre te llame así...

—Después de todo me dice usted una flor...

—Bien. ¿Y qué hay? ¿Cómo va eso?

—Perfectamente, señor. A las más torpes para el tango, que eran las hermanas Caderas, ya las he metido en cintura.

—De modo que las seis parejas...

—Bailan como Dios—dijo satisfecho el sacristán.

—¿Y los de las coplas?

—También se traen lo suyo. Lo único que me desconcierta un poco son los villancicos que se empeñó el maestro en escribirme y cuya omisión en el acto inaugural podría ocasionarle un grave trastorno cardíaco. Tal es la ilusión que tiene por...

—¿Y no te satisfacen? — interrumpió el Conde.

—No, señor; porque hay uno que dice así:

“Tiene el Conde en el portal  
un carpintero y un buey.  
Libranos de todo mal  
Señor Todopoderoso.”

Y otro que dice de esta manera:



"Los reyes le traen salmuera;  
las mozas, bizcochos tiernos;  
y el diablo se desespera  
tirándose de los cuernos."

Por su parte, doña Reverenciana,  
cuando nos ha oído ensayar aquello  
tan conocido de:

"Esta noche es Nochebuena  
y mañana, cañamones,  
que ha parido la estanquera  
una espuerta de ratones."

no sabe usted cómo se ha puesto. La  
fiera corrupta es a su lado un bombón  
de chocolate.

—¿Por envidia a la estanquera?

—No, señor Conde; porque dice que  
eso de los cañamones para mañana es  
una sandez y lo del parto una barba-  
ridad.

—¡ Hombre! ¡ Gracias a Dios que  
mi suegra tiene razón alguna vez!—  
exclamó el Conde.

—La copla que no me he atrevido  
a suprimir—añadió el sacristán,—es  
la que ha sacado de su cabezota el  
nuevo mozo de mulas.

—¿Cómo es?

—Recio, coloradote y algo tartajoso.

—¡ No, hombre; me refiero al can-  
tar!...

—¡ Ah! Pues dice así:

"Tengo de echar una copla  
por cima de un huevo frito,  
para que Dios dé salud  
al Conde y a su *Pitito*."

—Bueno, bueno—dijo el Conde,—  
no quiero saber más. Prefiero que me  
sorprendan los villancicos en la inau-  
guración del belén.

—Como usted guste.

—¿Y qué acompañamiento tienes  
organizado?

—Pues verá usted: además de la  
banda municipal de Valdecarulla, que  
consta de un bajo, que es aquel chico

alto de la herrería, dos trombones, un  
bombardino con bollos, dos cornetines,  
tres clarinetes algo turbios y el ruido,  
he repartido entre los jornaleros, los  
pastores y los muchachos veinte zam-  
bombas, quince rabeles, ocho tambo-  
res y cuarenta y cinco panderetas, que,  
cuando suenan a la vez, vuelven loco  
al más duro de los oyentes. ¡ Milagro  
será que no se asuste algún camello  
o que no se resquebraje algún molino!

—Desecha todo temor, y que aprie-  
ten todos, a ver si doña Reverenciana  
se resquebraja también... y revienta.

—Muy bien, señor Conde. Por mi  
parte...

—¿Y a qué hora es el ensayo lírico-  
bailable de mañana?

—Acabo de avisar a la banda y al  
coro general para que estén a las tres  
de la tarde en el Carrascal de las  
Zorras.

—Amigo Crisanto—advirtió el Con-  
de,—ten en cuenta que sólo faltan tres  
días para...

—Descuide el señor Conde. Cuando  
yo me comprometo a una cosa...

—Ni una palabra más... Ah, sí. A  
estas alturas no hemos contratado a  
nadie para que represente al bruto de  
Herodes... ¿Me podrías indicar al-  
guno que...

—Se me ocurre uno... Brunete, el  
guarda, tiene alojado a cierto sujeto  
que dice que es primo suyo, y que,  
según parece, tiene el oficio de actor  
de mal carácter.

—¿Tú le conoces?

—De haber jugado ayer juntos al  
tute arrastrao, en la sacristía.

—¿Y te parece a propósito?

—Sí, señor.

—Bueno, pues encárgate de contra-  
tarle para esta representación, que él  
puede considerar como un *bolo bibli-  
co*. Se le proporcionará traje adecua-  
do, y no tiene otro que hacer sino  
pasarse las horas muertas asomado a  
un balcón de su palacio, y desde allí,  
dirigir miradas bolchebikistas al por-  
tal de Belén; así, como diciendo:—



“Ese portalito está haciéndome la Pascua.”—¿Me has comprendido?

—Perfectamente, señor Conde.

—Pues mil gracias por el favor, y contrátale con el sueldo que pida, que, tratándose de papel tan importante, no he de escatimarle las pesetas, como lo haría un empresario vulgar de los que sueñan con la taquilla, además de soñar con la tiple.

No hablaron más el conde de la

Chirimoya y Crisanto Lamparón. Este se retiró satisfecho. Lo mismo quedó el padre de *Pitito*... Y no ocurrió cosa digna de mención hasta el día 24 de Diciembre, fecha señalada para inaugurar con solemnidad estupenda el incomparable nacimiento, que, a diferencia de otros, no tenía más corcho que algunos alcornoques naturales y el de la cabeza de doña Reverenciana.

## IX

El día de Nochebuena está seguramente tan grabado en el cerebro del Conde, que, aunque éste viviese mil años, no sería mucho lo que lloviera en la provincia de Murcia.

Eran las dos de la tarde de dicho día, cuando comenzó a llegar la gente forastera a la puerta del cercado que había mandado hacer el conde para separar el sector destinado a nacimiento de los otros sectores del Carrascal. Un indígena con librea recogía las tarjetas de los invitados, y estos iban colocándose en los asientos que formaban amplísima fila frente al belén.

Diríase que aquello era una muestra formidable de lo que se llama teatro de la Naturaleza, que es una especie de teatro de la Princesa, más alto de techo que éste; pero menos confortable.

Y ahora vamos a describir el paisaje con el acierto posible, implorando antes el auxilio de la gracia divina, ya que de la humana no disponemos apenas.

Servía de fondo al Nacimiento una montaña llena de picos pardos y sal-

picada de árboles genealógicos (como decía el hermano del Conde) que se complacían en brotar de las junturas de las peñas.

Habíasele ocurrido al mayordomo, para figurar una nevada, que vertieran cal sobre los picos, y aquel fondo semejaba una hilera de gigantescos merengues aguardando a que los pasasen lista.

Bien hubiera querido el Conde, para mayor propiedad del espectáculo, que hubiese caído sobre el monte una nevada verdadera y copiosa; pero la Naturaleza no se dignó ayudar en esto al Conde y, aunque el frío no era de los más calientes en aquellos días, no les dió la gana a las nubes de reunirse en Comisión extraparlamentaria para descargar suavemente copos niveos en el Carrascal de las Zorras.

En una alta meseta del sector derecho, había sido edificado el palacio de Herodes, habiéndose empleado en su construcción (no en la del prócer matachicos) el cemento armado, que por ser cemento daba forma al edificio, y por ser armado lo defendía de los bolchevikis que pudieran acometerlo.



Del interior de la casa no hablaremos; baste saber que allí no faltaba detalle. Hasta la mantelería que ostentaba la suntuosa mesa del cruel Herodes, hallábase bordada primorosamente y presentaba en las esquinas una linda letra. No podía ésta distinguirse bien; pero llamémosle hache.

En el extremo opuesto había un grupo de casas, un muro de mampostería que lo circundaba, y una gran puerta en él, que pretendía imitar a la puerta de Toledo que se venera en Madrid.

De la elevada planicie, salpicada de pinos, robles, encinas, plátanos y calabacines, descendían caminos, sendas y veredas que, entre los breñales y barrancos, conducían, previo el paso por el puente llamado de Buenavista (quizá porque tenía seis ojos), a la esplanada baja, donde el portal de Belén aparecía situado.

En diferentes puntos del paisaje, grandes molinos de viento, como los instrumentos de la banda, presentaban en movimiento monótono soberbias aspas, que podríamos comparar con algo... que en este momento no se nos ocurre.

Cabañas de pastores, grupos de árboles, pequeñas casas, fuentes de agua cristalina, bancos rústicos, arroyuelos murmuradores... de todo había en el admirable paraje. Hasta la viña del Señor descubría en lontananza sus palitroqueas cepas, heladas en su mayoría.

Un riachuelo de corriente un sí es no es mansa, bordeado por sauces llorones que contrastaban con la alegría del suceso que allí se celebraba, serpenteaban comunicando frescura al paisaje, por si era poca la que algunas

parejas de zagales ofrecían en sus bajadas por los vericuetos.

Y, por último, el establo santo, instalado en una oquedad natural de la falda del monte, prestaba interés enorme al primer término del portentoso belén.

Guardóse muy mucho el conde de la Chirimoya, aún teniendo en contra las protestas del *Pitito* de su corazón, de imitar a su amigo el barón de Vientreamargo, llenando el nacimiento de los anacronismos y disparatados detalles que quedan apuntados al comienzo de este relato verídico. Así pues, no pudo tacharse de impropio y absurdo un belén donde faltaban los ferrocarriles, la luz eléctrica y los demás elementos que hacían del costoso nacimiento del joven Florentino un verdadero mamarracho.

Sólo podía observarse en el Carrascal de las Zorras la oportuna presencia de la Guardia civil, solicitada por el Conde para caso de imperiosa necesidad; pero, así y todo, los cuatro guardias y el cabo se hallaban instalados a una honesta distancia del portal de Belén.

Bien hubiera querido también el admirable organizador de aquel sin igual espectáculo completarlo con la famosa estrella que guió a los Magos de Oriente hasta la presencia del Redentor; pero huyendo de la exhibición de una rutilante estrella artificial colgada de altos cables, fracasó en sus gestiones cerca de varios astrónomos a quienes rogó que le proporcionasen una buena estrella de verdad para el indicado objeto. Es decir, que en el asunto de la estrella se estrelló contra lo imposible, y el belén no pudo tener buena estrella.



Todo llega en el mundo (algunas cosas con sensible retraso) y llegó el momento de la exhibición del nacimiento de *Pitito*.

El día de Nochebuena se había presentado algo nuboso, pero no eran de temer, por el momento, las hecatombes atmosféricas y meteorológicas que, con tanto afán como mala sangre, había pedido a San Roque la pícara de doña Reverenciana, pues los indicios de terremoto, de tempestad, y de huelga revolucionaria, no parecían por ninguna parte. La Divina Providencia se inclinaba más bien del lado de *Pitito* que del de su abuela.

Ya hemos dicho antes que los invitados a la fiesta se habían ido colocando en sus asientos, previamente designados y clasificados, lo que dió motivo para no pocas trifulcas, cuestiones, regañinas y reclamaciones y trapatuestas, haciéndose necesaria más de una vez la intervención del Conde y de sus esclavos para calmar los ánimos de los quejosos.

Mucho antes de que la numerosa y alborotada concurrencia entrase en el apartado correspondiente ya estaban colocados en sus respectivos puestos cuantos personajes figuraban en el belén.

Herodes, al balcón; los tres reyes magos, admirablemente escoltados por su séquito de servidores orientales de Valdecarulla y camellos africanos de Aranjuez; un centenar de pastores y pastoras, distribuidos por las montañas y las veredas, conduciendo pavos de sonrosado moco y cestas llenas de

guirlache y botas del mejor cariñena con destino a la Sagrada Familia, porque sólo el Niño Jesús, en la lactancia, no había de probarlo todo, a pesar de que no faltaba el indispensable pastorcillo portador del bicarbonato de sosa; lavanderas jabonando en el río pañales y cubrecorsés; parejas de zagales tañendo variados instrumentos rústicos entre los cuales no figuraba, por fortuna, el acordeón; otras parejas dispuestas a la danza, y, finalmente, dentro del santo portal, el Redentor, la Virgen, San José, una mula torda y un buey que pasaba de castaño oscuro.

Todo esto se presentaba a los ojos del maravillado público allí presente.

Al sonar una campana grave, (más que grave, desahuciada), que se hallaba en las últimas, en las últimas estridencias de la montaña, reunieron-se ante el portal de Belén los encargados de disparar al Niño Dios los villancicos. Su director Crisanto Lamparón empuñó una batuta, que más parecía una batata, y con el acompañamiento de la banda, comenzó la parte musical del espectáculo a regocijar a los asistentes y a producir en el corazón del Conde y de su *Pitito* conmovedores efectos. *Pitito* daba saltos de júbilo, y el Conde dejaba correr por sus nobles mejillas un llanto confortador, que le honraba al par que le humedecía, por más que no era aquel el primer belén que le había hecho llorar.

Pero ¡ay! No fueron los músicos los únicos que se reunieron allí. So-



bre la finca del Conde reuniéronse con inusitada rapidez las nubes que al amanecer sólo eran blancas nubecillas y adquirieron más tarde caracteres de plomizos nubarrones, y un lejano trueno lanzó sus roncadas vibraciones para que las montañas fueran recogiendo en ecos nada tranquilizadores.

Y doña Reverenciana, con el párroco al lado, presenciaba el principio de la fiesta desde el lejano sector de la intransigencia, levantando, con sonriente gesto, su arrugada faz hacia el encapotado cielo, como diciéndole:

—¡Gracias, Dios mío! ¿Pero qué haces ya que no lanzas tus rayos sobre el monte? ¿A qué aguardas para deshacerte en chaparrones, aunque después haya que secar a la lumbre mis empapados pantalones de bayeta y el chorreoso balandrán de mi confesor?

Mas si todo lo malo hubiera venido de arriba, todavía el Conde podía haberse dado con un canto en cualquier parte.

¿Por qué decimos esto?

Porque el zafarrancho que se armó en el nacimiento del Conde, a poco de comenzar los cánticos inaugurales, que, a pesar de los ensayos, amenazaban convertir el grupo de pastores en olla de grillos, principió el verdadero belén entre los personajes reunidos allí.

Empezó Herodes por no poder contenerse al contemplar desde el balcón de su palacio la interesante figura de su amada Margarita, y abandonando su papel súbitamente, descendió hasta el portal con extraordinaria rapidez, abrazándose a la Virgen Santísima con tal vehemencia, que no bastaron los esfuerzos de San José, auxiliado por los más próximos pastores, para desasir al actor de su Margarita idolatrada, que era acometida de un síncope a más de serlo por un rey. Háblale penetrado en el corazón

al de las Cárcabas el aguijón de los celos en cuanto el hijo de Cipriano, el mayordomo, dirigió a la Virgen unas no muy santas miradas al caer a sus pies ofrendándole un cesto de magníficas alcachofas.

En la refriega que, defendiendo a la Madre del Señor, sostuvo San José con Herodes, salió contusionada la primera bailarina, a la que le entró por el ojo derecho una rama de ciprés, y a los gritos de la lesionada, acudió el rey Melchor, que llevaba un año de relaciones con ella, y se alborotó contra el causante de aquellos desafueros, abandonando a sus reales colegas de expedición (maestro de escuela y camellos inclusive), mientras, asustado el Niño Dios ante aquella algarabía, lloraba como un desesperado, y espantada la mula que servía de calorífero a la Sagrada Familia, molía a coces al buey, que, por su parte, tiraba frecuentes derrotes a cuanto en el establo había, mugiendo como un barítono de ópera barata.

Mientras esto sucedía en la baja planicie del Carrascal, en la entrada del puente sostenían ruda batalla Brunete, el guarda, y su alegre cónyuge, porque ésta se había dejado pellizcar en un molino de viento por el pastorcillo que la acompañaba.

Desde aquel momento fué toda confusión y desorden en medio del santo paraje y en medio de la algazara de los espectadores, que no salían de su asombro, pero sí querían salir del anfiteatro donde se hallaban, pues el mal rato que los acontecimientos les proporcionaban y las gotas como platos soperos con que las nubes comenzaban a obsequiarles, no podían por menos de obligarles a retirarse de allí a paso de carga y renegando a gritos de haberse molestado en acudir al monte.

La Guardia civil, percatada inmediatamente de la gravedad de los hechos ocurridos allí en menos tiempo del que se emplea para referirlo, hubo de intervenir poniendo orden en



aquello que más que nacimiento parecía un motín de verduleras, sin hacer caso de los ruegos del Conde, que andaba loco de una parte a otra con su *Pitito* de la mano, recomendando a todos la tranquilidad, como si se la recomendara a un montón de piedras.

Los combatientes, que habían comenzado dirigiéndose palabras de una obesidad intolerable, terminaron por agredirse brutalmente y llegó a correr la sangre humana, mezclándose la de las zagalas infieles con la de los infelices cabritos, cosa explicable si se tiene en cuenta que las palabras se enredan, los hechos se complican y los resentimientos antiguos reviven entre gentes ligadas por el parentesco, los intereses o el amor.

Poco después era de ver al patriarca San José, al rey Melchor, a una molinera y al señor Herodes, conducidos por la Guardia civil, carretera adelante, con rumbo al Juzgado de primera instancia.

Los tres periodistas que habían acudido, en vez de nutrir en sus diarios la sección de espectáculos, nutrieron la de sucesos. Por su parte, doña Reverenciana, abrazada al cura, se relamía de gusto, y el pobre Conde, encarándose con su *Pitito*, le decía:

—*Pitito* mío, el barón de Vientreamargo ha sido más afortunado que yo en su nacimiento. En el próximo belén, ¡Dios me libre de emplear personas de carne y hueso!... ¡Muñecos! ¡Muñecos nada más!

*Juan Pérez Zúñiga.*

---

En el próximo número se publicará la novela

## EL RELOJ LOCO

ORIGINAL DE

Vicente Almela Mengot



# PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Asnaciones y reparaciones. —TELÉFONO 5.400.

**CASA ALONSO**

Fundada en 1865

22. Valverde. 22.

**Aceites y grasas  
:- lubricantes :-**

*Insuperable*

*para  
el engrase  
de  
los autos*



# OLEO-MOTOR

*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELDT**  
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Perdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

## MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 75, 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Gran salón de Conciertos.

**San Bernardino, 3  
MADRID.**

Fume V. papel

## La Lidia

**LOS MUCHACHOS**  
SEMANARIO INFANTIL

Se publica los domingos :-: 15 céntimos.

Ayuntamiento de Madrid



## “Z E A”

### PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños

25 céntimos

### SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.  
Especialidades “Z E A” Fontuny, 13, Barcelona.

PARA BUENOS IMPRESOS

→ Y SELLOS CAUCHO ←

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

MADRID

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

### ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Calatayud, frente al Paseo de Calatayud, Gracia

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

## ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

— Precio del número: 25 céntimos. —